

EL COMPAS DE ORO



Discurso de Gio Ponti en el acto de entrega del Compás de Oro nacional correspondiente al año 1956.

Después de las palabras pronunciadas por Olivetti el pasado año en el acto de serle entregado el primer gran premio nacional del "Compás de Oro", se diría que es ya cosa obligada que se pronuncie un discurso en cada ceremonia de esa clase; no, desde luego, como ejercicio oratorio, sino porque es una buena oportunidad de expresar determinados conceptos.

No voy por eso a repetir nuevamente la expresión de mi agradecimiento a quien me ha conferido esta distinción y a los que él representa; pero, en cambio, sí que vuelvo a traer a la actualidad una indicación hecha por Argan acerca de la oportunidad de que se haga también entre nosotros algo por el estilo de lo hecho por el Museo de Arte Moderno de Nueva York, al que le ha sido otorgado el Gran Premio Internacional 1956 del "Compás de Oro"; entonces le contesté que el sitio indicado para llevarlo a cabo era el Museo de la Ciencia y de la Técnica de Milán.

Pero la oportunidad me sugiere otro tema. Entre las iniciativas importantes que nos son debidas de un modo especial a los arquitectos milaneses hay que contar la de haber puesto al día en Italia el conocimiento de las mejores producciones del arte extranjero, llevando a un plano internacional la cultura en este campo, presentándolas en Italia por medio de nuestra Trienal y en nuestras revistas, y, de un modo especial, gracias a Gianni Mazzocchi, que sostuvo en *Domus* incluso en tiempos en que dejaba pérdidas, y que sostiene en la actualidad la *Stile-Industria*.

Esto ha hecho surgir, al mismo tiempo que los conocimientos culturales y prácticos y la madurez del buen gusto, un conocimiento técnico en nuestros productores, con el progreso y actualización consiguientes del gusto y de la ejecución de sus productos, en competencia con los demás.

Ya que, por vez primera en la historia del hombre, se está realizando una *unidad* universal en el plano de la civilización técnica, del vestir y de la cultura, están muy a punto y es muy hermoso que en Italia, y de modo especial en Milán, compremos nosotros lámparas, telas, muebles japoneses, dinamarqueses, suecos, americanos; y el que nuestro mercado sea objeto de mucha consideración por los extranjeros mejores—véase Knell—, constituye también un reconocimiento del nivel a que nosotros hemos conseguido que llegue nuestro país en este sector.

A este hecho corresponde felizmente un fenómeno altamente civilizado de intercambios, porque es bien sabido que ingleses, franceses, americanos, suecos, dinamarqueses, alemanes y holandeses adquieren y exponen lo mejor de nuestras correspondientes producciones.

Así es como en esta universalidad y unidad de vestir, de civilización creadora y de mercado se realiza—entre todos los pueblos—la clase más elevada de competiciones con finalidades confortadoramente humanas. Mientras ciertos intereses políticos y económicos llevan a cabo las guerras frías y nos hacen sentir los escalofríos de la vecindad de las calientes, nosotros, los arquitectos, y cuantos nos acompañan, practicamos en cambio una competencia ideal y civil, y una consoladora ofensiva: la de la cultura, la de la belleza y la elegancia, la de la técnica, de la dignidad humana, de la vida social feliz, la del hombre que trabaja para el hombre, para su propio bienestar. Nosotros, los arquitectos, actuamos con todos aquellos que guerrean únicamente contra la ignorancia, la incivildad, la estupidez, las cosas mal hechas; contra los intereses mal comprendidos, contra el hombre que trabaja contra el hombre, es decir, contra su bienestar, su felicidad posible y su dignidad.

La nación que en esta competencia civilizada triunfa, es decir, que comprueba cómo las demás se inspiran en sus concepciones, consigue la victoria más elevada, recibe el reconocimiento de mayor valor, porque se coloca a la cabeza de la civilización.

Al llegar a este punto, mis pensamientos van hacia los italianos que han conseguido distinguirse en este campo, a los italianos en cuyos conceptos se han inspirado luego todos, y son reconocidos como maestros; a los que con sus ideas y con sus realizaciones han merecido ya el “Compás de Oro”; van hacia aquellos que en los años futuros concurrirán al mismo.

A ellos se dirige mi primer pensamiento para exhortarlos a no desmayar en esa competencia, poniendo en ella todas las fuerzas de su inteligencia, de su imaginación creadora, de su experiencia técnica, para mantenerse de ese modo con honor sobre el campo de la liza. Nosotros no disponemos de riqueza de primeras materias *materiales*; pero nuestra historia y nuestra aptitud vocacional nos han proporcionado una buena materia prima *cerebral*, que el mundo nos reconoce con generosidad y confianza, esperando de nosotros todo aquello que podemos producir siguiendo una tradición de pureza y de lógica. Ese mundo ha dado buena acogida a la “línea italiana” en el automóvil; pero el mérito italiano de esta clase de línea consiste en no haberla derivado de un gusto gráfico, sino de la intuición de cuál es la forma más sincera del automóvil, intuición que tuvimos antes que nadie, y que nos hizo detenernos ante esa forma con el mismo propósito de pureza y de esencialidad con que un artista tiende hacia la “forma perfecta”. Este éxito ha sido—y en ello radica el valor de la victoria—el de una *manera italiana* de ver las cosas desde el punto de mira de su esencialidad y pureza exclusivamente, al contrario de lo que hacen quienes miran ante todo el gusto de los compradores, intereses que nada tienen que ver con las consideraciones de orden estético.

Eso mismo ha ocurrido también con las máquinas Olivetti, y es lo que debe ocurrir con cuantas cosas hacemos, hacéis o que haremos o haréis.

El que luego resulte que estas ideas de origen no comercial triunfan también comercialmente equivale a una victoria de la inteligencia y redundará en honor de los compradores, que no son tan estúpidos como nos los pintan los productores vulgares.

Nosotros, los italianos, disponemos de buenos recursos para aspirar a estos éxitos siguiendo nuestra vocación; esos recursos son nuestra inteligencia, nuestra pasión, la gallardía de algunos industriales, de algunos artesanos extraordinarios y de una mano de obra que llega en ocasiones a lo que parece milagro.

El “Compás de Oro” es otro instrumento con que contamos, porque su ámbito va más allá del suministrar materiales a las revistas de la *Rinascete*; opera como ejemplo sobre *toda* la producción italiana, y por esta meritoria condición suya me siento yo feliz de haber sido quien sugirió el símbolo, cuando esta iniciativa surgió en los cerebros luminosos de las personas que han dado a la *Rinascete* su carácter actual, convirtiéndola no sólo en “una gran revista”, sino en una verdadera institución nacional de mundial renombre.

Pero nosotros disponemos, además, de un recurso extraordinario, completamente único, que no debemos olvidar jamás: la Trienal. Cada vez que en ésta hacemos acto de presencia ante el mundo y recibe la participación confiada de todas las demás naciones, todas nuestras fuerzas unidas contribuyen a darle realce. De esa misma manera debemos aportar todas nuestras fuerzas unidas en los interregnos de una y otra Exposición, asegurándonos así progresivamente la fortuna.